ENTORNO HISTORICO DE ANTONIO MACHADO

Tanto se ha dicho y se ha escrito sobre la egregia personalidad de don Antonio Machado —tan sencillo y tan grande a la vez—, tanto hemos glosado su obra y vida magistrales, derribando muros de silencio, asaltando trincheras y casamatas de rencor y de mala conciencia, que hoy, a la altura de su centenario, no nos sentimos con fuerza para insistir en esa temática, que dejamos a especialistas más competentes que nosotros.

Pero ¿qué decir de don Antonio en el centenario de su nacimiento? Y puesto que se trata más bien de sentar unas bases de estudio y comprensión que de transmitir algunas vivencias emotivas, hemos creído que haríamos labor más útil en una óptica de nuestra especialidad: intentamos, pues, trazar muy sumariamente las líneas generales de su entorno. Entiéndase bien que no se trata de reincidir en el tema clásico de «el autor y su tiempo», fenómeno de interacción que creemos ha sido ya tratado; ni mucho menos de volver a aquello de «el tiempo de...», que sería aquí de Machado, como en otros casos del Cid, de Lope o de Larra; no, porque eso no es sino una manera disfrazada de colocar al lector una síntesis de historia.

Entorno histórico de Machado quiere ser el conjunto de hechos, estructuras, coyunturas, etc., en el que estuvo inserta la vida y la creación de Machado y que, en mayor o menor medida, influyeron en su condicionamiento. No es toda la *historia* de su época; es aquella historia que enlaza directamente con él.

El empeño presenta sus dificultades, ya que un verdadero entorno histórico tiene diversos niveles y lo que podríamos decir diversos tiempos. Entendámonos: nuestro escritor ha vivido casi sesenta y cuatro años. De ellos, la inmensa mayoría dentro de un mundo estructural (socioeconómico y político), el de España, que si bien experimentó crisis, sólo tuvo cambios de cierto alcance en los últimos años de vida de nuestro protagonista. Se trata ahí de un *nivel estructural*

y de un *tiempo largo.* Si nos acercamos, aquello que se refiere a las instituciones políticas pertenece más bien a un *ciclo medio* (nace Machado el año de la Restauración, pero ésta se agota políticamente cuando el poeta tiene cuarenta y ocho años, y el régimen quiebra ocho años después).

Por otra parte, nuestro poeta vive y muy directamente una serie de momentos *coyunturales* de la historia (acontecimientos, en el mejor sentido del término, mejor que *episodios* y desde luego mucho más que *peripecias).* Fue hombre que siempre quiso «estar a la altura de las circunstancias», lo que supone una intensidad de vivencias de lo coyuntural y un protagonismo activo en la coyuntura. Se trata, naturalmente, de un *tiempo* muy distinto. Sin pretender desbordar el tema que nos hemos fijado, apuntemos tan sólo a que, por ejemplo, *Campos de Soria* está en un tiempo (estructural) muy distinto de «El crimen fue en Granada» (coyuntural).

Y sin más proemios, intentemos situar ese entorno que, en parte (pero sólo en parte), será también el de Manuel Machado, tan distinto de Antonio, pero tan entrañablemente hermanado con él.

La Sevilla de 1875 conoce la «vuelta del orden», si es que dicho «orden» estuvo alguna vez puesto en tela de juicio durante el Sexenio, período en que don Antonio Machado y Núñez, abuelo de nuestro poeta, fue gobernador civil de la provincia (con el Gobierno de Prim) y luego rector de la Universidad. Sin duda, los «Voluntarios de la Libertad» quitaron un poco el sueño a los propietarios andaluces en los postreros días de 1868. Pero la «Gloriosa» tenía generales «unionistas» para que todo entrara en orden; y los sobresaltos más avanzados de Sanlúcar de Barrameda —donde la Internacional echará raíces— no serán sino violentas llamaradas entonces y en el agitado verano de 1873.

Machado y Núñez, krausista y colaborador de Fernando de Castro, se halla inmerso en la polémica de «la cuestión universitaria» cuando nace Antonio. Con Barnés, Sales y Ferré y otros profesores de Sevilla, ha elevado su protesta contra la intransigencia de Orovio y las sanciones de que son víctimas Giner, Salmerón, Azcárate y otros más. Sabido es que la contrapartida histórica de la «purga» de Orovio fue la creación de la Institución Libre de Enseñanza, de la que Machado y Núñez es colaborador desde el primer momento. A esa Institución, estando todavía en la calle de las Infantas, acudirán los niños Manuel y Antonio. Su abuelo, sancionado por el Gobierno Cánovas-Orovio, había sido repuesto e incluso nombrado catedrático en Madrid, por el Gobierno Sagasta 1881-1883 (con Albareda en Fomento y

Riaño de Director general de Enseñanza). Y en la Institución, trasladada pronto a la que fue su sede definitiva en la calle del Obelisco, estudiaron con profesores como Giner, Cossío, Sela y otros más, hasta 1889. Sabido es que los estudios secundarios en los Institutos de San Isidro y Cardenal Cisneros no les fueron muy propicios a los hermanos Machado. Al menos Manuel consiguió terminarlos y años después se licenció en Filosofía y Letras, aunque emigrando para ello a la Universidad de Sevilla, más acogedora para él. Antonio fue Bachiller en 1900 y Licenciado en Filosofía en 1917 (no se necesitaba entonces la Licenciatura para optar a la cátedra de Francés, que, como cada cual sabe, obtuvo en 1907).

Llegarán los hermanos a sus veinte años con el espíritu abierto al «todo Madrid» de la época, frecuentadores infatigables de las tertulias de Fornos, de los saloncillos de los teatros y hasta de un Jai-Alai que era entonces, no sin paradoja, templo del cante y baile flamenco. Pero también frecuentan las tertulias en casa del filólogo y ex ministro de la primera República don Eduardo Benot (en cuyo *Diccionario* colaboran para ganarse unas perras que bien necesitaban) y encuentran allí a don Nicolás Estébanez, a veces al mismo Pí y Margall; complemento de esas reuniones son las de los jueves con don Francisco Giner, a las que siempre será fiel Antonio, hasta su instalación en Soria.

¿Qué concluir sobre el entorno histórico de las mocedades de ambos Machado? No olvidar la nota diferencial de los estudios universitarios que Manuel seguirá en ambiente sevillano con carga muy distinta del madrileño.) Se trata del Madrid de la Restauración. Un Madrid que se va acercando al medio millón de habitantes, donde empiezan a alumbrar las lámparas eléctricas (en los teatros desde 1888, en el Congreso desde 1893), pero cuyos tranvías son todavía arrastrados por mulas; Madrid, que prolonga sus noches por la acera de Fornos tras la «tercera de Apolo», donde se codean políticos, toreros, intelectuales (que nadie llama todavía así), buscavidas, sablistas y mujeres de tronío. O por el «Levante» o en las tertulias de «El Gato Negro». Porque Madrid es clase media, a pesar de ser Corte; los 10.000 funcionarios (en activo o cesantes) y empleados, los 7.000 personas dedicadas a profesiones liberales, amén de 2.000 artistas, etcétera. En esa ciudad, desde la que se dirige un país agrario, ignorándolo tanto como el despuntar industrial de regiones avanzadas, viven y conviven unas clases medias muy heterogéneas; hacia arriba, la alta aristocracia (la rancia y la nueva, con acciones de ferrocarriles y de minas) va a las plateas del Real, se reúne en los salones de Fernán Núñez, de Medinaceli o en los de Bauer con tufillo a dinero de los

Rothschild. Es otro mundo. Abajo, por cualquiera de las 1.700 tabernas, por las callejas mal alumbradas y los desmontes ribereños del Manzanares, la más baja zona indefinible entre un asalariado miserable y un existir marginal, todo con su carga de aflamencamiento, en etapa anterior a la toma de conciencia del obrero madrileño. Ese es el entorno, con una carga ideológica que va desde los editoriales de *«El Imparcial»* y *«El Liberal»*, la «contestación» de un Dicenta, el primer regeneracionismo de Mallada y la labor perseverante de los hombres de la Institución. Pero también el estilo a lo *«Blanco y Negro»*, entonces joven revista, pero ya conformista; también la carga de un Balart y de un Campoamor (elementos que, es verdad, no influencian, sino que sirven de revulsivo a medios jóvenes que frecuentan los Machado).

En 1895 han perdido padre y abuelo; son ellos, casi «sin oficio ni beneficio», como suele decirse, los que tienen que subvenir a las necesidades familiares. Por cierto tiempo, el *Diccionario de ideas afines* de Benot será el áncora de salvación. Luego habrá que optar por decisiones más enérgicas. Tras «el año de la derrota», que penetrará hondamente la sensibilidad de los Machado, Manuel se decide a pasar el Rubicón, o más bien el Pirineo. En marzo del 99 va a París, a trabajar como traductor de la casa Garnier; tres meses más tarde, está Antonio junto a él. Al entorno político-cultural de los años madrileños de la Restauración, cortado en seco por la angustia noventayochesca (sin duda, los Machado la sintieron con Costa, con Altamira, con Unamuno...) va a superponerse un entorno europeo, o más concretamente francés-parisiense en época tan conflictiva como la del «affaire» Dreyfus, cuando ya Zola y Anatole France hacen que se hable seriamente «des *intellectuells*».

En aquel otoño regresará Antonio a Madrid —Manuel tan sólo al terminar el año—; pero pasará otra segunda temporada junto al Sena. Un segundo viaje a París durará la primavera y parte del verano (hasta el 1 de agosto) de 1902; si en el primero conocieron los hermanos a Gómez Carrillo y a Pío Baroja, es en 1902 cuando traban conocimiento con Rubén. Regresan a España con su hermano Joaquín que retornaba de Guatemala, vía París.

Las dos temporadas de París sitúan a los Machado en un doble entorno histórico: el literario del simbolismo, el político del liberalismo y del anticlericalismo. En el primero, que es el que podríamos definir como ideológico-cultural, se comprende también un estrecho contacto con las letras hispanoamericanas (Gómez Carrillo, Rubén Darío, Blanco Fombona, Vargas Vila...). En realidad, nadie mejor que Antonio Machado lo ha definido al referirse al París de la época:

«affaire» Dreyfus en política, simbolismo en poesía, impresionismo en pintura, escepticismo en la crítica.

El entorno histórico-político tiene su importancia: es el 99 cuando Valdeck-Rousseau forma su gobierno de «defensa republicana», que durará tres años. Valdeck ataca a las congregaciones religiosas y la derecha le acusa de querer «descristianizar Francia». La ley de Asociaciones, que el Gobierno consigue sea votada en julio de 1901, instituía para las congregaciones religiosas el régimen de inscripción obligatoria y de autorización previa. Tras la victoria del bloque de izquierdas, en mayo de 1902, es Emile Combes quien acentúa la postura anticlerical. ¿Cómo no poner en relación esos hechos con el anticlericalismo en España, el «affaire» de la señorita Ubau y el estreno de la *Electra,* de Galdós, tan ruidosa y favorablemente acogido por los Machado y sus amigos? Ocurre el estreno en enero de 1901 y poco después, a iniciativa de Maeztu, publicarán entre todos la revista que llevaba el mismo nombre. Por aquel entonces, Antonio parece estar aún en la encrucijada de su destino; ya ha desesperado de ser actor tras sus ensayos en la compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza. En cambio, entre 1898 y 1900 ha ido escribiendo los poemas que verán la luz en el libro *Soledades* (editado por *La Revista Ibérica* con fecha 1903, pero ya en la calle al finalizar 1902, precisamente cuando Antonio recorría Andalucía en compañía de Valle-Inclán siguiendo las representaciones de la *Andrea Doria* del escritor gallego).

Manuel había ya publicado *Alma,* libro de poemas, en 1901, y tenía cordial relación con don Miguel de Unamuno, a quien había gustado mucho aquella obra. Ahora, con *Soledades,* Antonio dejaba de ser «el hermano de Manuel» y adquiría personalidad propia e indiscutible. Antonio envía *Soledades* a Unamuno (1); le responde el ya rector de Salamanca, por intermedio de Manuel, con frases elogiosas. Se inicia entonces una correspondencia y una amistad que sólo la muerte rompería. No son muchos los que saben que don Miguel, que no era muy «fácil» de carácter, tenía, sin embargo, tal devoción por don Antonio que, en los años treinta, en cuanto venía a Madrid, no dejaba de hacer una aparición por la tertulia que en el Varela o cerca de la plaza de Oriente tenía don Antonio.

De 1903 a 1906, Antonio colabora en diversas revistas y va creando toda esa importante parte de su obra, cuyos mejores poemas se publican en libro en 1907, en la segunda edición de *Soledades,* que

(1) Aurora de Albornoz: «Presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado», Madrid, 1967, p. 22.

ahora será *Soledades. Galerías. Otros poemas.* Su vida madrileña sigue el ritmo de tertulias, teatros, debates literarios. Está con «los del 98» en la toma de posición frente al extraño Nobel concedido a Echegaray; frecuenta la amistad de Rubén, instalado en Madrid con cargo diplomático; son años de estrecha amistad con Juan Ramón Jiménez (que retornará a Moguer en 1905), con Valle-Inclán..., y siempre acompañado de Manuel.

Hay, sin embargo, dos niveles en el existir de Antonio Machado: el estético y el conceptual, lo que al cabo se verá en el conjunto de su obra. Y por ahí se llega a dos niveles en su práctica vital, a dos «mundos»: don Antonio va de café en café con sus amigos, no desdeña el culto a Venus («amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario»), pero es fiel a la reunión institucionalista de los jueves con don Francisco, con Cossío, etc., a la que también suele acudir don Benito Pérez Galdós. Por ahí don Antonio entronca con las generaciones precedentes, lo que no le ocurre a muchos de sus amigos, terribles *contestataires* de la época, que acabarán cayendo luego en el peor de los conformismos, mientras que él no cederá un ápice de sus principios.

Machado (Antonio) tiene, pues, una serie de contactos que cuadran bien con algunos aspectos de su personalidad; por ejemplo, siempre se consideró como irrenunciablemente republicano. He aquí algo en lo que siempre se manifestó incluso— si vale la expresión— intransigente.

Muy probablemente, el triunfo de los republicanos unidos (Unión Republicana, bajo la égida de Salmerón) en las elecciones de 1903 (36 diputados en total, con las mayorías en Madrid, Barcelona, Valencia, etc.), tuvo importancia para él, así como los últimos discursos de Costa antes de retirarse a Graus. En las prosas machadianas del primer decenio del siglo se observa netamente: *a)* el anticlericalismo del medio juvenil en que se movía y de ciertos republicanos —no de los institucionalistas, pero sí de Galdós— en «Trabajando para el porvenir», artículo publicado en 1904 por la revista *Alma Española;* b) un regeneracionismo mucho más estructurado, en el artículo «Nuestro patriotismo y la Marcha de Cádiz», publicado en el número común de los periódicos de Soria que se editó bajo el título *La Prensa de Soria al 2 de mayo de 1808.* Nada más fácil que encontrar un paralelismo entre este ensayo y los discursos de Costa entre 1900 y 1903. Hay, sin duda, regeneracionismo consistente en rechazar los tópicos de una tradición de pasadas heroicidades, de glorias de otros tiempos (y de otras escuelas de valor) que no constituyen la menor

solución para los millones de hombres que se enfrentan con la problemática del siglo XX. Pero hay más: «Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente —dice Machado— y que se conserva sólo por la cultura y el trabajo». «... no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra.» Ciertamente, hay en esas líneas acentos costianos; pero también hay otra idea constante en el pensamiento machadiano: la civilización basada en el trabajo.

Y fue precisamente por consejo de don Francisco Giner por lo que Antonio se decidió en 1906 a utilizar sus conocimientos de la lengua y literatura francesas presentándose a las oposiciones a cátedras de Francés de Institutos de Segunda Enseñanza. Alrededor de un año duró aquella aventura, hasta que, entrado 1907, se hizo pública la decisión del tribunal de oposiciones. Y Machado tuvo su cátedra en Soria y a tomar posesión de ella fue el 4 de mayo de aquel año.

En el vivir y crear machadianos Soria es fundamental para Machado por el descubrimiento y realización del gran amor —Leonor— y su trágico desenlace; pero también porque con *Campos de Castilla* y «La tierra de Alvargonzález» ha entrado en una nueva temática de su poesía.

No cabe duda de que Machado descubre allí, en primer lugar, el paisaje castellano o, más sencillamente, el paisaje; pero también, y poco a poco, empieza a descubrir al hombre en primeros planos de ese paisaje. No sin lentitud, sin vacilaciones, desde el hombre «esclavo de los siete pecados capitales», el hombre dominado por el «cainismo» hasta la exaltación de las «gentes del alto llano numantino». Y es también en Soria donde, todavía con regusto regeneracionista, se queja amargamente: «Castilla miserable, ayer dominadora / envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora...». Y, sin embargo, ¡cuánto amor por esta «tierra inmortal, Castilla de la muerte!» Pero hay una hipostatización que vale la pena de ser tenida en cuenta: Castilla, su paisaje, su pobreza sirven ya, no para definir la meseta, sino España entera: los «pobres campos malditos» se convierten, en el verso siguiente, en «¡pobres campos de mi patria!» (2).

Aquel período no podemos limitarlo al entorno estrictamente soriano: don Antonio y Leonor vivirán en París de enero a septiembre

---

(2) Cuatro versos van añadidos en la edición de «Campos de Castilla» que no iban en la primera de «La tierra de Alvargonzález».

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes qué tienen alma!

de 1911 (sabido es que aquel 14 de julio sufrió Leonor la primera hemotisis). Con anterioridad, habían proyectado su viaje de novios a Barcelona, pero conociendo la fecha (última semana de julio de 1909) fácil es suponer que no cumplieron su propósito; al llegar a Zaragoza las comunicaciones ferroviarias con Cataluña estaban cortadas. Barcelona sufría los fuegos cruzados de la «semana trágica». (Por cierto, que allí estaba Manuel, a quien el traumatismo moral de aquellos días marcó probablemente para siempre). Don Antonio y Leonor pasaron aquel verano en Fuenterrabía.

Semana Trágica, ¡Maura, no!, de Moret a Canalejas, grandes rasgos del entorno. Y en Francia, incidente de Agadir. Se roza ya la catástrofe. Por cierto, que los Gobiernos francés y español compiten sin veladuras en la intervención en Marruecos, guerra larvada difícil ya de ignorar. Pero hay otro entorno más preciso y que nos parece oportuno señalar; el de Soria, más estructural que otra cosa, dado el *tempo lento* del acaecer social en aquella provincia.

Soria tenía nada menos que 250 municipios y una población que apenas superaba los 150.000 habitantes, de los cuales 7.000 correspondían a la capital. Había cerca de un centenar de núcleos minúsculos de población que no constituían municipio independiente. Domina allí la explotación agraria de tipo medio y pequeño; algunos labradores ricos y la mayoría pobres y empobrecidos en unas tierras esterilizadas por la erosión, la falta de abonos, etc. La casi totalidad de su producción estaba constituida por los cereales (trigo sobre todo, cebada, avena), las patatas y alguna rara leguminosa. Se arrastraba una vida sin grandes cambios materiales. Los salarios en la ciudad eran de lo más exiguo; un albañil no pasaba de 4 pesetas al día y un peón de 1,50 pesetas (si era de carpintera llegaba a 1,60), menos de la mitad de lo que se ganaba en Madrid en el mismo oficio. Verdad es que el kilo de pan resultaba a 0,35 pesetas cuando más y no a 0,42 como en Madrid; y las patatas, a 10 céntimos el kilo, casi la mitad de Madrid. En cambio, garbanzos, arroz y azúcar resultaban más caros en Soria (capital) que en Madrid. En resumen, la vida no era nada fácil para aquellos hombres en un medio en el que apenas se podía hablar de progreso técnico. Pero nada permitía hablar de inquietud social en un ambiente letárgico. Las estadísticas del Instituto de Reformas Sociales no registraban jamás la casilla «Soria» en sus informaciones de conflictividad social; se vivía social y laboralmente en el mayor de los individualismos. A ese tipo de entorno estructural corresponde el llamado «período de Soria» en la vida de Antonio Machado.

El cambio de Soria a Baeza fue súbito y fundamental. No nos detenemos, por suponerlos harto conocidos, en los motivos sentimentales de aquel traslado (la pérdida de Leonor), en el detalle de la producción poética y en prosa de don Antonio en aquella coyuntura, desde el «¡Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería!» hasta

«Por estos campos de la tierra mía
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.»

Baeza es el retorno a Andalucía, pero una Andalucía del norte, «manchega»,« muy diferente de la Sevilla natal; y, sobre todo, cuando él se siente «extranjero en los campos de mi tierra». (Y, sin embargo, no hay más que seguir su trayectoria poética para ver cómo los olivares, quienes los trabajan, o quienes viven de ese trabajo, los montes andaluces y, a la postre, hasta una métrica más adaptada a lo andaluz, van penetrando día tras día en Machado). Pero decimos que Baeza era todo eso, y la rebotica de Almazán, los paseos a menudo hasta Ubeda, acompañado a veces por Cristóbal Torres. Iba al café de «La Perla» y también —hecho significativo— al Casino de los Artesanos, que estaba en la calle de la Concepción. En la mayoría de las localidades andaluzas, los casinos llamados «de artesanos» se oponían, por su carácter mesocrático y hasta popular, a los casinos «de labradores», exponentes típicos de los grandes propietarios del agro.

El largo y fecundo período de Baeza (otoño 1912-verano 1919) supone un entorno estructural y otro coyuntural, decisivos ambos en la trayectoria de Antonio Machado.

Es en la provincia de Jaén cuando Machado toca de cerca la realidad estructural que por tantos años condicionó el desarrollo de la historia de España: la gran propiedad agraria, el trabajo asalariado en el campo, en el marco de un casi monocultivo que es el de la aceituna. El don Antonio viudo toma forzosamente mayor contacto con los hombres de la región; su carácter solitario es, sin embargo, todo lo contrario del de un solipsista. Observa atentamente la realidad exterior (rasgo ya muy marcado en el «período de Soria»), y, como siempre, gusta del trato con las gentes sencillas.

Veamos, aunque muy sumariamente, la realidad de Baeza y Jaén que circunda a don Antonio.

Se trataba de localidades agrarias, pero importantes, una especie de agro-ciudades: Baeza con 15.000 habitantes, Ubeda con 20.000;

más pequeños, en las inmediaciones, Begíbar e Ibros, con algo más de 3.000 habitantes. El total de la provincia pasa del medio millón; la mayoría de su población activa está formada por 120.000 obreros agrícolas. (No parece que Machado tuviera contacto con la cuenca minera Linares-La Carolina situada al NO. de Baeza; se le ve proyectado hacia las comarcas del E. de la provincia: Ubeda, Cazorla, región serrana de las fuentes del Guadalquivir...)

Para dar idea de la mayor concentración demográfica en las localidades baste saber que mientras el promedio de un término municipal de Soria tenía 2.360 hectáreas, uno de Jaén constaba de 13.819; a pesar de contar con mucho monte y serranía, Jaén tenía el 49 por 100 de tierras cultivadas y Soria sólo el 32 por 100. Pero veamos los datos territoriales y de riqueza, siguiendo a don Pascual Carrión, cuyas fuentes se refieren a diez o doce años después, lo que cambia muy poco o nada del período jiennense de don Antonio. Jaén tenía el 39,43 por 100 de fincas mayores de 250 hectáreas (en total, 752 fincas que reunían 519.000 hectáreas) del total de extensión territorial. Baeza tenía el 30 por 100 de latifundios (más de 250 Ha.) y Ubeda el 32,5 por 100, calculados sobre la extensión del término municipal; el área urbana era importante y, por eso, disminuía el porcentaje, pero en Ubeda los latifundios eran muy importantes. Setenta y dos propietarios (1,92 por 10 del total) pagaban más del 50 por 100 de contribución rústica; en Baeza, tan sólo 38 propietarios (1,64 por 100 del total) pagaba el 47,5 por 100.

No debía ser fácil la vida para los trabajadores de aquellas tierras. Los precios al por menor subieron notablemente desde el invierno de 1913 a 1914. Y durante 1915 no cesaron ya de subir. Así, por ejemplo, el kilo de pan pasó de 0,25 a 0,30, luego a 0,35 y ya a 0,40 en la primavera de 1913 (3). La carrera galopante de los precios no se detendría ya —como todo el mundo sabe— hasta las postrimerías del año 1920. Por el contrario, los salarios agrícolas de Jaén oscilaron hasta 1917 entre 2,50 y 3,50 pesetas (sabido es que la recolección de la aceituna se solía hacer a destajo y por unidades familiares; cada cabeza de familia «vareador», con «su cuadrilla»). Las subidas de precios al por menor en Jaén y su provincia se estimaban en un índice 193 en 1920 con relación a una base 100 para el período 1909-1913. Durante ese mismo tiempo, el peonaje en la construcción no vio aumentados sus salarios más allá de un índice 150. Las alzas de salarios agrícolas no se producen antes de 1919. Los años de Machado en Baeza son, pues, años de duras condiciones

(3) Datos del Instituto de Reformas Sociales para los pueblos de la provincia de Jaén.

de vida para jornaleros y gañanes e incluso para los modestos artesanos de aquellas localidades.

No obstante, hay todavía pocos signos de conflictividad social abierta; la única huelga agraria en el período 1915-1917 es la de Santisteban del Puerto —8.000 habitantes—, situado en «la Loma», como Baeza y Ubeda, de grandes latifundios (62 por 100 del total del término municipal, en manos de 25 propietarios, con un promedio aproximado de dos fincas y 950 hectáreas cada uno). Esta huelga tuvo lugar del 11 al 13 de diciembre de 1917, con la participación de 600 obreros, según estimación oficial, de más probablemente, puesto que fue ganada (reivindicación de salario) y había un total de 1.600 trabajadores ocupados (4).

El año 1918 sólo se sabe de una huelga de 200 cortijeros en Mancha Real (alejado de la zona de Baeza) probablemente por contaminación de la oleada de huelgas agrarias de aquel verano en la provincia de Córdoba. En 1919 hay importantes huelgas en la provincia de Jaén (12 huelgas, de las cuales de siete tuvo información completa el Instituto de R. Sociales) en muy diversos puntos, Santisteban y Jimena los más cercanos a la zona de Baeza. Hay que señalar que la mayoría de estas huelgas se produjeron en diciembre, con la recolección de la aceituna, época en que Machado estaba ya en Segovia. No obstante, todo muestra un aumento de la tensión social en la zona jiennense a partir de 1917 (5).

Ciertamente, la implantación del movimiento obrero en el campo andaluz era de impronta socialista y UGT, y no anarquista (a diferencia de la mayor parte de Andalucía por aquel entonces). Al llegar Machado a Baeza había ya once secciones de la UGT en la provincia de Jaén, con un millar de afiliados. En el Congreso del PSOE de 1915 había ya seis Agrupaciones de esta provincia.

En fin, los afiliados al Partido Socialista en Jaén y su provincia eran más de 900 en 1918 y más de 3.000 en 1919.

El entorno político nacional fue, como es sabido, de una conflictividad creciente, dando evidentes signos de agotamiento, tanto el sistema político canovista, como la vieja estructura social imperante. La problemática nacional se imbricó con la Internacional desde

---

(4) «Memoria de huelgas», 1917, Instituto de Reformas Sociales, pp. 18-19.
Es posible que el número de 1.600 obreros ocupados se refiere al total de trabajadores empleados en aquella fecha en el término municipal de Santisteban.

(5) Hubo una huelga general de campesinos en Jaén en abril de 1919, en señal de protesta contra el comportamiento del Gobernador civil; duró tres días, pero el Instituto de Reformas Sociales no se hizo eco de ella, tal vez por considerarla «política».

1914 a consecuencia de la guerra que primero se llamó europea pero que, definitivamente, fue la primera guerra mundial.

Cuando Machado empieza sus cursos de Francés en Baeza, el asesinato de Canalejas pone fin a una experiencia que tal vez hubiera sido interesante (aunque los «obstáculos tradicionales» eran muy poderosos). Para el mundo de los intelectuales españoles aquel otoño era también el de la convergencia en torno al partido de Melquíades Alvarez que de «republicano gubernamental» pasaba a llamarse «reformista» proclamando la accidentalidad de las formas de gobierno. Allí estuvieron Azcárate y Galdós, pero también Ortega, Azaña, Fernando de los Ríos, Posada, Labra, Díez Canedo, García Morente, Américo Castro y tantos y tantos más. Un año después, en otro banquete, se constituía la Liga de Educación Política, cuyos virtuales lazos con el reformismo, aun manteniéndose autónoma, no eran secreto para nadie. Allí estuvieron los ya citados y otros también como Salvador de Madariaga, Ramón Pérez de Ayala, el marqués de Palomares... La primera figura resultó ser Ortega; el secretario, García Morente.

Pasó un año y la guerra europea sirvió para perfilar posiciones (y para que algunos realizasen pingües beneficios, pero ese no es hoy nuestro tema). Sin embargo, la adhesión expresa de lo más relevante de la intelectualidad española a la causa de los aliados tuvo lugar en julio de 1915. Para entonces hacía ya seis meses que, bajo la dirección de Ortega, salía cada semana de prensas la revista *España* «nacida del enojo y la esperanza», con innegables lazos con los movimientos antes señalados, pero sin que pueda afirmarse la total identidad de la revista con la Liga. La revista, dirigida por Araquistain desde los albores de 1916, cobró una radicalidad más neta. El Antonio Machado inexplicablemente inscrito en la Liga (probablemente por algún amigo o por haber aceptado él sin saber aquello de la «accidentalidad» recalcado por Ortega en «Vieja y nueva política») se encontraba, en cambio, muy a gusto en el medio de *España* donde, como todo el mundo sabe, publicó algunos de sus poemas de mayor relieve.

1915 fue también el año de la muerte de Giner, irreparable pérdida para el mundo cultural y universitario de España entera, hondamente sentida por Machado.

El entorno llegó a ser tan importante, que ahora resulta casi trivial rememorarlo: Juntas de Defensa, Asamblea de Parlamentarios, Huelga general de agosto del 17, que acarrea el encarcelamiento y condena de Besteiro y sus tres compañeros del Comité de huelga;

campaña pro-amnistía; elecciones de 1918; regreso casi apoteósico a Madrid de los «penados de Cartagena», que pasan a ocupar sus escaños en el Congreso; revolución rusa; fin de la guerra mundial y hundimiento de los Imperios Centrales...

1913 parece también un año crucial en la obra machadiana. Es el año de los poemas «El dios Ibero» y del inolvidable «Palacio, buen amigo». Es también el año de su honda meditación poética sobre España y las varias Españas: «El pasado efímero» (que se publica en *El Porvenir Castellano* de Soria con el nombre de «El pasado superfluo»), de «El mañana efímero», del envío a Azorín cuando su homenaje celebrado en Aranjuez, que lleva el título «Desde mi rincón»; y, en fin, del cantar sobre el «españolito». Hay una trabazón lógica entre todos esos poemas, cuya «historicidad» está fuera de dudas.

En todos esos casos se trata de una España pasada, del ayer, de una España futura, «del cincel y de la maza», una España «que alborea», que «quiere surgir, brotar».

No obstante, lo fundamental y lo original es «la España que pasó y no ha sido», ejemplificada en el señorito del casino provinciano. La visión machadiana es: una España que se muere irremediablemente, que representa el pasado, cuya evocación no basta para crear patria en el momento presente («su evocación es más bien una forma de escapismo o una justificación de intereses más o menos inconfesables vinculados también al pasado»). Frente a ese pasado caduco está la España naciente que representa el porvenir, el trabajo material e intelectual, el coraje y la idea o pensamiento.

Hasta aquí está todo claro, aunque conviene no confundir esa dicotomía (que no es tal, como ya veremos) con «las dos Españas» galdosianas o «pidalinas». No se trata de dos fuerzas (liberales y absolutistas, progresitas y moderados, republicanos y monárquicos, etcétera) que se enfrentan a un mismo nivel. No; se trata de una visión historicista, si se quiere; fuerzas sociales, sistemas políticos y escalas de valores que son del pasado, porque cumplieron ya su función histórica, porque sólo se identifican nominalmente con la nación, pero no con sus intereses presentes y futuros; y, adversamente, todo lo que en el mismo orden representa la posibilidad de desarrollo, de adecuación a las nuevas necesidades que impone el devenir histórico.

Pero nos queda lo fundamental: «la España que pasó y no ha sido», «la España que bosteza», esa España «que tiene la cabeza cana», es decir, que ha llegado a la madurez de edad, pero no ha llegado nunca a sazón, no se ha realizado, ha incumplido su misión

histórica. Es una crítica evidente del personal de dirección política a partir del 98. Y si seguimos el cuaderno *Los Complementarios,* veremos que, a primeros de 1915, ya se preguntaba Machado si verdaderamente existen políticos como Maura y don Melquíades (y son, sin embargo, lo más destacado de la derecha y la izquierda «colaboradora»). Según el poeta, se trata de «sombras que fueron un día vagas esperanzas de España».

Hay que saber eso y tener presentes los cuatro poemas citados, para no caer en una vulgar mixtificación que de buena o mala fe —es igual— se produce frecuentemente en nuestros días. Consiste en citar separados de todo contexto los siguientes versos de Machado:

«Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.»

Dicho así parece que hay dos Españas irreconciliables, cerriles, que se acometen como gallos de pelea y, naturalmente, las dos despreciables desde las alturas de la élite. El español joven (españolito) llega sin tener nada que ver con esos dos bandos, a los que se mide por el mismo rasero y se considera por igual (mañana y ayer, progreso y reacción) y forzosamente perecerá en esta tierra de bárbaros.

Como puede verse no puede haber concepción más elitista y a la vez más antihistórica, donde los factores de progreso y de regresión desaparecen; la consecuencia es afirmar que sólo «una tercera fuerza», que nada tiene que ver con las fuerzas en liza, puede salvar al españolito.

Por desgracia, hay hoy cientos de miles de españoles que leen los cuatro versos citados en diarios y semanarios, en ensayos diversos, cuyos autores se sirven de la cita truncada para arrimar el ascua a su sardina. ¡Y se creen que Machado era eso!

La verdad es que el cantar citado tiene cuatro primeros versos que dicen así:

«Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.»

A los que siguen los cuatro versos más arriba citados. Luego, el españolito en cuestión no es sino «la España que alborea», la «España de la rabia y de la idea».

En el «Envío» a Azorín, la identidad es palmaria:

¡Oh tú, Azorín, *escucha: España quiere*
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?»

Es, pues, evidente que el españolito en cuestión corre el riesgo de helarse entre la España que muere (del ayer) y la que bosteza (la que hoy domina social y políticamente, pero que está fracasada, que ha sido estéril).

En «El mañana efímero» también podemos leerlo:

«esa España inferior que obra y embiste
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
.....
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero...»

1914. La guerra estalla en agosto. Machado ha escrito en su cuaderno que les dicen en La Granja, al volver de una excursión a Guadarrama, que la guerra es inevitable. Es el 3 de agosto. «En el tren —prosigue don Antonio— encontramos al señor Cossío. Nos dice que la guerra es un hecho, y que Inglaterra entrará en ella. Cossío cree en el triunfo de los aliados. Alemania ha enviado un ultimátum a Rusia».

La guerra será larga. A propósito de ella, escribirá don Antonio su «España en paz», que se publica en *España* el 26 de marzo de 1915; y ya en el verano de ese año firmará el manifiesto pro-aliados (su nombre irá entre el de Amadeo Hurtado y el de Ramiro de Maeztu), que también verá la luz en la revista *España.*

Mientras tanto, ha muerto el maestro, don Francisco, al que don Antonio ha rendido homenaje en un texto que, como el que escribe veintiún años más tarde al ser aseinado Lorca, estaba llamado a entrar por la puerta grande de la historia de la literatura hispánica.

El entorno político lo sensibiliza; el republicanismo de principio que don Antonio siempre profesó, se siente herido por el «accidentalismo» de reformistas y Liga, incluso de maestros y colegas queridos, como Azcárate o Castillejo. Es entonces cuando escribe en su Cuaderno:

«Don Gumersindo de Azcárate, anciano venerable, pero demasiado anciano.

»Tenemos favor y estamos perdidos, dijo don Francisco Giner.

»¿Cuántas vueltas darán los pobres reformistas antes de caer en el saco de la basura?

»El Palacio de Oriente es el Huerto del Francés del honor político.»

No hay nunca solución de continuidad en su republicanismo. En 1914, cuando Ortega dice «la mayor parte de los que hasta ahora componen la Liga de Educación Política, no hemos sido nunca republicanos, o lo hemos sido como muchos compatriotas nuestros, en una hora del mal humor», Antonio Machado revalidaba su republicanismo «de nacimiento» en el prólogo a un libro de poemas de otro republicano a machamartillo (y federal éste, por más señas): Manuel Hilario Ayuso, que luego sería diputado republicano por Soria en las Cortes Constituyentes de 1931.

Precisamente, Machado inicia en ese prólogo su Poética y teoría del arte. que más tarde desarrollaría en numerosos textos y, sobre todo, en la poco o nada conocida respuesta a *La Internacional* para la encuesta que allí realizaba Rivas Cherif sobre «¿Qué es el arte?» y «¿Qué debemos hacer?» (6). Esa teoría estética será continuada once años más tarde en el borrador non-nato para el ingreso en la Academia. Algo muy machadiano es la continuidad de su cuerpo básico de ideas. de las grandes líneas o paredes maestras de su pensamiento y de su cosmovisión. Nada más extraño a él que «la ocurrencia», el giro frívolo de la veleta o la toma de posición inesperada, con patente intención de «épater».

En el citado prólogo dice que «... el poeta no sacará nunca la poesía de la poesía misma. Crear es sacar una cosa de otra, convertir una cosa en otra, y la materia sobre la cual se opera no puede ser la obra misma. Así, una abeja consagrada a la miel —y no a las flores— será más bien un zángano, y el hombre consagrado a la poesía y no a las mil realidades de su vida, será el más grave enemigo de las musas».

En plena crisis política de 1917 don Antonio termina su licenciatura en Filosofía. También es aquel año cuando recorre el litoral de la Andalucía occidental (de cuyo viaje saldrán gráciles poemas de impronta andaluza) en ocasión del viaje para apadrinar al primero de los hijos de su hermano Paco. Con indudable carga sentimental, vibrará de nuevo ante el tema de la amnistía para los encarcelados en agosto (y condenados en septiembre) y así recordará, veinte años después, el emocionante retorno de Besteiro, Caballero, Anguiano y

---

(6) Puede verse el texto íntegro en Tuñón de Lara: «Un texto de don Antonio Machado», «Bulletin Hispanique de la Faculté des Lettres de Bordeaux», núm. janvier-juin, 1969, 312-317.

Saborit y las palabras que Pablo Iglesias dirige a las multitudes; un Pablo Iglesias ya enfermo y anciano, tan distinto del propagandista y agitador tenaz que el mozo Antonio Machado escuchara un día de mayo de 1891 en los madrileños Jardines del Buen Retiro.

Unamuno se ha apasionado esta vez en favor de los huelguistas del 17. Una razón de más que don Antonio —siempre en estrecha relación con él— tiene de admirarle. En una carta que escribe a don Miguel del 16 de enero de 1918 (en plena campaña por la amnistía) le dice:

«Le aplaudí a usted con entusiasmo en su conferencia de la Casa del Pueblo.»

En efecto, dicha conferencia tuvo lugar un par de días antes de Navidad y *El Socialista* de 23 de diciembre de 1917 publica una amplia reseña. Tuvo carácter de apertura de curso de la Escuela Nueva y en ella quiso trazar un cuadro de «la España social en la hora presente». Ese cuadro muy crítico, carga las tintas una sociedad que, según Unamuno, tiene una oligarquía política incompetente, una burguesía reaccionaria, una burocracia apocada, un proletariado agrícola de siervos de la gleba y una masa trabajadora (proletariado industrial, quiere decir) «que lucha y se organiza donde puede», que es en los centros industriales. Don Miguel estaba aún bajo la impresión de la huelga de agosto, realizada en centros industriales y fracasada en los campos. Pero la conferencia en cuestión no se limitó a eso, sino que fue un buen muestrario de paradojas unamunianas donde, por ejemplo, acusó a las Juntas de Defensa de querer constituir «un socialismo de Estado», se asustó ante la posibilidad de Juntas de soldados rasos, estremeciéndose ante el ejemplo dado por Rusia y concluyó por decir que mejor sería convocar «*Cortes desconstituyentes*».

Sin embargo, en aquella misma carta Machado (que vive unos momentos cercanos al socialismo tolstoiano) escribe: «El corazón y la cabeza no se avienen, pero nosotros hemos de tomar partido. Yo me quedo con el piso de abajo. ¡Guerra a Caín y viva el Cristo!».

Un año después, cuando ya se acerca su traslado a Segovia, Machado escribirá en el prólogo a la segunda edición de «*Soledades, galerías y otros poemas*» (abril, 1919): «Los defensores de una economía social y defintivamente rota proseguirán echando sus viejas cartas y soñarán con toda suerte de restauraciones; les conviene ignorar que la vida no se restaura ni se compone como los productos de la especie humana, sino que se renueva o perece».

Y llegará el ansiado traslado a Segovia. No sin que don Antonio

comenzase todavía en Baeza el curso 1919-1920. El 20 de octubre dio su última clase y a Segovia llegó el 26 de noviembre.

Si desde Baeza viajaba a Madrid por Carnaval, Semana Santa y todas las vacaciones estivales, amén de alguna «escapada» en otras fechas, ya en Segovia, don Antonio marchará todos los sábados a la casa materna de la calle General Arrando (donde vivían también José y los suyos) para no regresar hasta el lunes. Con esto y el conjunto de fiestas, puede estimarse que de 1920 a 1932 («período de Segovia») don Antonio pasó la mitad de su tiempo en Madrid. Por eso no tiene significación hablar para ese período de un entorno sociológico provincial. Ciertamente, el taller de Fernando Arranz, los cafés segovianos, el Círculo mercantil; la peña del Café Castilla con Barral, Quintanilla y otros, la estrecha amistad con don Blas Zambrano, la Universidad Popular, etc., son un entorno mucho más microsociológico que contaría en la Segovia machadiana. Pero don Antonio está también inmerso en Madrid (y a veces, desesperado, como cuando se queja: «es mucha Beocia coronada») donde el medio familiar cuenta mucho. De nuevo con Manuel... Manuel se había casado a comienzos de aquel decenio con su sevillana prima Eulalia Cáceres; para «sentar cabeza» realizó con éxito las oposiciones de archivero-bibliotecario (1912); desde 1915 fue crítico teatral de *El Liberal.* Manuel no quiere escribir más poesía; pronto publicará su *Opera Omnia lírica.*

También Manuel accederá al requerimiento de Rivas Cherif y responderá a sus preguntas (inspiradas en otras de Tolstoi) sobre qué es el arte y qué deben hacer los escritores, en el combativo semanario *La Internacional* que dirigía don Manuel Núñez de Arenas, a la sazón miembro de la C. E. del Partido Socialista y partidario de la adhesión de éste a la Tercera Internacional.

Esa respuesta de Manuel se encuentra en el número de 8 de octubre de 1920. En ella podemos leer:

> «¿Qué es el arte? Me permitirá usted que reserve mi respuesta, al menos hasta que veamos si Marte —el planeta más asequible— se digna contestar a los requerimientos que empezamos a dirigirle...
>
> Porque el arte es precisamente eso. Una serie de adivinaciones y posibilidades extraordinarias que sólo realizan los elegidos, los temperamentos superiores que, de modo más o menos consciente se alzan sobre la tierra.
>
> Cada obra de arte nos eleva del nivel humano y nos acerca a Dios, supremo artista en el concepto de 'creador'».
>
> .....
>
> «(¿Debemos poner el Arte al servicio de los ideales humanos llamados del progreso, de civilización? ¿Utilizarlo como medio de pro-

> paganda de las cosas que son buenas y justas, según nosotros, en cada momento? No hay inconveniente Pero permítame usted que —un poco a lo Renán— remita también la respuesta definitiva a los marcianos, si algún día podemos entendernos con ellos. Entre tanto, yo no veo otro camino para el artista que el de cultivar con todo empeño su propia personalidad y mejorarla sin cesar para que su obra sea más «divina» —ahora en el sentido de la perfección y la perennidad.»

Rivas Cherif comentaba: «Su actitud, pese a su protesta, y quizás por ella, es francamente *estética»;* y lo clasificaba en los partidarios del «Arte por el Arte».

Recordemos que Antonio, en el número del 17 de septiembre había dicho que la utilidad no era incompatible con el arte: «El primero que hizo un vaso de un trozo de arcilla fue artista supremo, aunque en esta vasija pudiera beber su prójimo» (recordemos el cantar de Machado sobre el mismo tema). Para Machado, el artista no crea «ex nihilo», sino «dando una forma a una materia» y se opone al «aristocraticismo *inutilitario* o culto supersticioso a la inutilidad».

Y más adelante:

> «¿Podrá el artista desdeñar para su obra los nuevos anhelos que agitan hoy el corazón del pueblo? Indudablemente, no. Esos anhelos son materia poética, en cuanto no son arte todavía.»

En efecto, esos anhelos o, si se quiere, ese gran entorno de sentimientos y luchas populares, de fuerzas sociales en pugna es un telón de fondo bastante marcado en la vida machadiana de los primeros años veinte. La represión llevada a cabo por Martínez Anido contra el sindicalismo barcelonés y la rota militar de Annual parecen contar con fuerza en ese entorno machadiano. En notas de *Los Complemetarios* que, aunque sin fechar, se sitúan claramente en los primeros meses de 1922, Machado comenta con pesimismo la situación de España. «Seguimos guardando, fieles a nuestras tradiciones, nuestro puesto de furgón de cola. Nuestra bárbara política de Barcelona llamará sobre nosotros la atención del mundo».

No se desanima, empero, don Antonio. Y participa muy activamente en el clamor nacional para exigir responsabilidades sobre lo ocurrido en el Rif. De esa misma época es su colaboración a la creación en Segovia de la Liga de Derechos del Hombre. Y cuando Unamuno visita al Rey en abril de 1922, aunque muy respetuosamente, Machado dice de él: «Don Miguel ha cometido un error».

13 de septiembre de 1923. Machado escribe aquel día en su cuaderno:

«Al cabo pintan espadas,
dijo un tahur —porque siempre
pintan, cuando son pintadas.»

Desde entonces, y aunque haya períodos de cierto desánimo (u otros, más tarde, en que Machado se da por entero a «su descubrimiento» de Guiomar), su oposición a la Dictadura será neta. Pareja con ella su admiración por Unamuno, acrecentado con la aventura de éste de Fuerteventura a Cherburgo. (Pero mucho más crítico sobre el París de la época) (7).

A la conexión de Machado con su entorno político (el de «tiempo largo» que se concretiza en esta o aquella coyuntura) pertenece su adhesión a la Alianza Republicana en 1926 que, como la de algunos otros intelectuales de prestigio, gozó de gran publicidad. La iniciativa del catedrático Martí Jara (que había sustituido a Núñez de Arenas en la presidencia de la Escuela Nueva desde el exilio de éste) fue de celebrar un banquete con motivo del 11 de febrero, aniversario de la Primera República. A él se adhieron partidos, personalidades, casinos, círculos, grupos, etc.; y de él salió la Alianza Republicana, que duraría hasta 1931, si bien se desgajase en parte de ella el sector que en 1929 funda el partido radical-socialista (Albornoz, Domingo, etc.). La Alianza la forman los siguientes grupos: Acción Republicana (Azaña), Partido Federal (Manuel Hilario Ayuso, el viejo amigo de don Antonio), Partido Radical (Lerroux), Republicanos catalanes (Domingo), Prensa republicana (Castrovido) y unos intelectuales que aportan su firma al acta de nacimiento: Gregorio Marañón, Antonio Machado, Leopoldo Alas, Miguel de Unamuno, Honorato de Castro, Eduardo Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Luis de Tapia.

Otro *nivel del tiempo machadiano,* enlazado a su espíritu fraternal y a sus añoranzas teatrales de los años mozos, le llevará a vivir o re-vivir en otro medio; el del teatro. Manuel y Antonio, que ya en 1924 habían hecho un arreglo de *El condenado por desconfiado,* seguido de otros más, se lanzan a la producción teatral en colaboración. De esa colaboración, que va de 1925 a 1931 saldrán seis obras teatrales firmadas por Manuel y Antonio:

---

(7) V. principalmente en la edición facsímil de «Los complementarios», desde la hoja 143 V. hasta la 145 V.

Desdichas de la Fortuna o Julianillo Valcárcel (estreno el 9 de febrero de 1926 por María Guerrero y F. Díaz de Mendoza).

Juan de Mañara (octubre 1927, Compañía Díaz-Artigas).

Las Adelfas (10 de noviembre de 1928, Loya Membrives).

La Lola se va a los Puertos (8 de noviembre de 1929, por Lola Membrives).

La prima Fernanda (24 de abril de 1931, Irene López Heredia).

La duquesa de Benamejí (26 de marzo de 1932, Margarita Xirgu).

No vamos a detenernos en lo que fue aquel teatro, donde tal vez Manuel representase la gracilidad y Antonio la hondura dramática. Reconozcamos que no era un teatro renovador, pero sí lo era de toda calidad. ¿Qué se estrenaba entonces en Madrid? Muñoz Seca, 23 estrenos entre 1927 y 1932; 15 de Paso, ocho de Arniches, 10 de Ardavín y ocho de Marquina. De un lado la astracanada o la reincidencia de un costumbrismo sainetero que se hacía tópico; de otro, el efectismo, el lugar común, la trivialidad de fondo bajo una forma a veces brillante. (¡Qué sola, en aquel erial, la *Farsa y licencia de la reina Castiza,* estrenada once años después que la escribiera don Ramón, el 3 de junio de 1931!)

Digamos, como rasgo personal, la influencia que —según don Antonio— tuvo «Guiomar» en la redacción de *La Lola...,* cuyo primer acto era el único escrito cuando nuestro poeta se encuentra con su «diosa».

El entorno es de naturaleza compleja y sus elementos suelen entrecruzarse. Así, algo tan coyuntural como el estreno de *Desdichas de la Fortuna* fue motivo o pretexto del homenaje que los antiguos alumnos de la «Insti» rinden a Manuel y Antonio, ofrecido por don Manuel Bartolomé Cossío.

Y otro acontecimiento, de superficie y casi «mundanal», la elección de don Antonio para la Real Academia de la Lengua, no puede quedar relegado, y ello por dos razones: una de orden general, que aunque don Antonio no llegó nunca a realizar el ingreso protocolario, el borrador que para tal fin escribió a lápiz ha quedado como uno de los maravillosos ejemplos de su prosa; otra, que la elección, y los rumores que suscitó, estaba inserta en la historia político-episódica de aquellos años.

El 24 de marzo de 1927, don Antonio, sin tan siquiera haberlo solicitado, era nombrado miembro de la Real Academia Española. Apenas dio importancia al hecho, y cuando el 12 de junio escribe a Unamuno en respuesta a la felicitación que éste le dirigió desde su destierro en Hendaya, le dice: «Le agradezco su felicitación por mi nombra-

miento de académico. Es un honor al cual no aspiré nunca; casi me atreveré a decir que aspiré a no tenerlo nunca. Pero Dios da pañuelo al que no tiene narices.» (Dicho popular que vemos repetido en el borrador del discurso de ingreso.)

No han faltado —¡nunca pueden faltar!— equívocos sobre aquel episodio. Se trata de que el telón de fondo, bastante turbio por cierto, estaba formado por un veto del dictador a los hombres políticos de lo que él llamaba «antiguo régimen», esto es, los partidos de turno. Este veto se manifestó tras la elección para académico del conde de Gimeno, que cayó bastante mal a Primo de Rivera (elegido, por cierto, contra don Rafael Altamira, más liberal que él y de nivel científico mucho más superior). Para la nueva vacante sonó el nombre de Alcalá Zamora (que todavía no era republicano, pero que había sido ministro del gobierno García-Prieto y había dado pruebas de hostilidad a la Dictadura). Gravitó inmediatamente el veto oficial, a la vez que, más o menos teleguiadas desde las esferas oficiales, aparecían las candidaturas de Gabriel Miró y Eduardo Marquina, escritores bien vistos por el régimen. Sobrevino entonces la reacción de los académicos, seguramente tras una gestión «diplomática» de Azorín. Fue éste, según ha contado Díez-Canedo, quien lanzó el nombre de don Antonio, cuya sonora personalidad estaba por alto de querellas y banderías (sin dejar de ser republicano, como lo había públicamente patentizado apenas un año atrás). Y así fue elegido don Antonio, no desbaratando una candidatura política vetada por el dictador, sino unas candidaturas de escritores gratos al régimen (8).

En los años sucesivos el entorno histórico de Antonio Machado es cada vez más patrimonio común de todos los españoles. Sin embargo, su adhesión a la Agrupación al Servicio de la República desde el momento de su constitución (11 de febrero de 1931) da un carácter más protagonista a su persona.

No vamos a reiterar aquí nuestro punto de vista sobre lo que consideramos un intento de un grupo de presión muy específico (que acabará fracasando por falta de base social). Ideológicamente, la Agrupación respondía a la ideología orteguiana y era un paso adelante en el camino emprendido —mucho más tímidamente— cuando la Liga de Educación Política. Pero ahora no había «accidentalidad» de forma de gobierno; muy al contrario, el republicanismo era definitorio e insos-

---

(8) Sobre la elección de don Antonio a la Academia v. principalmente Díez-Canedo: «Antonio Machado en la Academia», «La Nación» de Buenos Aires, 22 de mayo de 1927, recogido en Díez-Canedo: «Conversaciones literarias», tercera serie, México, 1964, pp. 186-192.

Y también en el espléndido «Antonio Machado» de José María Valverde, Madrid, 1975 (Ediciones siglo XXI), pp. 209-213.

layable. Por eso la participación de Machado (tan dudosa en el primer caso) es aquí inequívoca; el 15 de febrero, *El Sol* lo anuncia nada menos que como presidente. Y funciones presidenciales ejerce en el primer mitin que la agrupación celebra, precisamente en Segovia, con la participación de su triunvirato directivo: Ortega, Pérez de Ayala y Marañón.

Por una vez la Historia (con mayúscula) no fue entorno de don Antonio, puesto que él mismo la protagonizaba esencialmente. Así ocurrió el 14 de abril de 1931, no sólo al izar en el balcón del Ayuntamiento la bandera de la República, sino también al hacerse cargo, en unión de varios amigos, del orden público y gobierno de la ciudad hasta el siguiente día. La única vez en su vida que don Antonio «ejerció el poder».

El resto es muy conocido, puesto que se trata de una historia más reciente y crucial para España, aunque durante largos años ha sido ocultada o deformada de manera trágico-grotesca. Hoy no vamos a insistir en lo que son sus trazos esenciales. No porque don Antonio escapase entonces a su entorno histórico; al contrario, porque su conexión con lo que podríamos llamar ciclo histórico crítico de 1931 a 1939, es evidente. Nos limitaremos a enunciar hechos fundamentales y sus conexiones con la vida y obra del autor.

Nueva política de Instrucción Pública ⟶	Traslado al Instituto «Cervantes» de Madrid. Miembro del Patronato de Misiones Pedagógicas.
Asesinato del periodista Luis de Sirval, tras la rebelión asturiana ⟶	Manifiesto de protesta, en unión de Juan Ramón, Azorín, Besteiro, Montesinos, etcétera.
Ascenso del fascismo en Europa ⟶	Adhesión al «Comité de Escritores por la Defensa de la Cultura».
El fascismo italiano ocupa Etiopía y crece el peligro de guerra ⟶	Forma el Comité Español por la defensa de la Paz, en unión de Azaña, Ossorio, Vayo, Dr. Hernando, etc.

Desde julio de 1936 hasta que muere en Collioure el 22 de febrero de 1939, la actitud de Machado, por él mismo explicada, no es sino la continuidad de toda una vida, la fidelidad a sí mismo, que, al serlo así, es fidelidad hacia los otros.

Puede decirse que Machado va engrandeciéndose según el entorno histórico se ciñe a él, cuando llega ese momento en que *todo Ma-*

chado es ya historia. Cuando, por ejemplo, pronuncia su célebre discurso «Defensa de la cultura» ante el Congreso Internacional de Escritores reunido en Valencia (julio 1937). Grandeza que no le abandona ya. Porque Antonio Machado no muere solo, no muere «individualmente», por absurdo que pueda parecer esto. Apenas sabemos si quien muere es el español Antonio Machado o todo un ciclo de la historia de España; o si quizá es enterrada, allí en Collioure, la *edad de plata* de la cultura española.

No lo sabemos. Pero sí sabemos que Antonio Machado puede ser presentado como paradigma del intelectual de esa *edad de plata.*

Sin embargo, el paso por la historia de esas figuras egregias no se produce sin desgarrones ni sacrificios. (Con cuánta razón dice Camino José Cela en su *Oficio de tinieblas:* «Dios jamás supo que tú creías en él. En venganza te regaló el éxito, pero te regateó la felicidad».) El Machado que ya era todo historia había quedado separado para siempre de Guiomar y de su hermano Manuel. (No de su familia: su madre, sus hermanos José y Joaquín, sus sobrinos...)

«La guerra dio al amor el tajo fuerte...»

Amor de Guiomar, amor fraternal de Manuel.

Y cuando el poeta Pla y Beltrán le pregunta por Manuel, en una de las visitas que le hace a Rocafort, don Antonio responde:

> «Es para mí una tremenda desgracia este estar separado de Manuel. El es un gran poeta. El, además de mi hermano, ha sido mi colaborador fiel en una serie de obras teatrales; sin su ánimo, nunca esas obras hubieran sido escritas... —La vida es cruel; a veces es excesivamente dura.»

La acción sucede en la primavera de 1937. Súbitamente, don Antonio se sobrepone, vuelve a fundirse con el «entorno». Y continúa:

> «Mas este dolor nuestro, por profundo que sea, no es nada comparado con tanta catástrofe como va cayendo sobre el pecho de los hombres.»

En uno de sus célebres ocho sonetos de la guerra, escrito aproximadamente unos meses después, hay una evocación de la infancia y una llamada al hermano casi sin veladuras:

«Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡Cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!

¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.»

El niño sevillano va a morir en Collioure un miércoles de ceniza. Si tiene algún valor aquella frase de «irse tranquilo», don Antonio Machado y Ruiz pudo irse con la conciencia clara de quien no quebró promesas ni traicionó amores. No se fue tranquilo, sin duda, porque era muy grande el dolor en torno suyo y porque bien sabía que tras el día de la ceniza vienen los días de la Pasión.

MANUEL TUÑON DE LARA

Universidad de
PAU (Francia)